

con otros, ni confesarse mutuamente, ni oír misa, ni saber quiénes estaban en los encierros inmediatos, ni quiénes caían enfermos, ni quiénes morían: privaciones que les causaban gran dolor, pero que las llevaban con invicta paciencia.

Con el tiempo se mitigó este penoso trato; y pudiendo comunicarse ya recíprocamente, rezaban juntos las letanías, hacían novenas y triduos, y varias veces entre año los ejercicios espirituales de San Ignacio.

Lo restante del tiempo lo empleaba cada uno según su inclinación y genio: unos aprendían lenguas de diversas naciones, no sólo cultas sino también bárbaras, encontrándose en esta cárcel sujetos de casi todos los reinos de Europa, muchos de los cuales habían estado quién en una, quién en otra de las cuatro partes del mundo; otros se ocupaban en escribir libros ó traducirlos; algunos se dedicaban á la medicina, con el P. Juan Bautista Koffler, médico insigne que por esta ciencia había sido muy estimado y favorecido del rey de Cochinchina; otros se aplicaban á la es-

cultura y al dibujo, bajo la dirección del hermano Antonio Canuci, natural de Tírento, notablemente aventajado en estas artes: los más jóvenes estudiaban matemáticas, filosofía y teología, con excelentes maestros que habían enseñado estas ciencias en los colegios y en varias universidades.

De esta manera vivieron por espacio de diecinueve años en la cárcel de San Julián ciento veinticinco jesuitas, sin que jamás se les dijese la causa de su prisión, ni se les permitiese probar su inocencia.

En un principio concibieron alguna esperanza de recobrar su libertad; pero viendo que ésta se dilataba, adoraron los inescrutables juicios de Dios, y se disponían á una santa muerte del modo que hemos dicho, alternando los actos piadosos con otras ocupaciones que tomaban para evitar el ocio y distraer la melancolía que naturalmente ocasionaba su situación desdichada.

El año 1766 el P. Unger, natural de Bohemia, habiendo pasado algunos años en la cárcel de Belén, cerca de Lisboa, al-

canzó la libertad á petición del embajador de su corte, y partió para la ciudad de Egar, su patria.

En esta misma ocasión, á petición del Rey de Francia, fueron puestos en libertad los jesuítas Luís María Dugad, Juan Bautista Duranceau y Santiago Delsart, lego. Igualmente se libraron, á instancias de su soberano, dos súbditos del Rey de Cerdeña, el P. Juan Bautista Fautini y el estudiante Lorenzo Bongiovannini: los ministros respectivos de estas cortes residentes en Lisboa suministraron á los referidos jesuítas todo lo necesario para restituirse á su patria.

Fué también pedido por el ministro Cesáreo el jesuíta Saintmartoni, pero Carvalho le respondió que siendo éste reo de enormes delitos no merecía semejante gracia. El gran crimen de este jesuíta consistía en ser tudesco, pues Carvalho estaba sumamente indignado contra los de esta nación, porque habían informado á la reina doña Mariana de Austria de los graves desórdenes y desconcierto del Marañón.

*Catálogo de los que murieron en la cárcel, y las provincias á que pertenecían. (1)*

DE PORTUGAL.—P. Antonio de Torres, prepósito de la casa profesa; P. Vicente de Seixas; Hermano Ignacio Luix.

GOA.—PP. Manuel de Francisco; Francisco Mucci; Manuel Díaz; Juan de Figleiredo; José Dos Santos; Manuel da Silva; Juan Franco; Eusebio de Mattos; Antonio Rodríguez; Juan de Ignacio; Francisco de Albuquerque; Hermano José Pedamonti.

JAPÓN.—PP. Francisco de Costa; Esteban López.

MALABAR.—P. Juan Alessandro.

CHINA.—Hermanos Francisco da Cunha; Simón de Almeida.

MARAÑÓN.—PP. Manuel da Silva; Luis Alvarez; Francisco Wolff; Manuel Alfonso; José de Roccia; Teodoro da Cruz; Joaquín de Carvalho; Pedro Todaldi; Ignacio

---

(1) Aquí sólo se han puesto los muertos en la cárcel de San Julián.

Estanislao; David Fay; Hermano Antonio Gonzálves.

BRASIL.—PP. Manuel Gonzaga; Rogério Canisio; Antonio Bautista; Luis Alvarez; Hermano Guillermo Linceo.—Total, 36.

El célebre misionero Manuel da Silva, del Marañón, era un varón de tan extraordinaria virtud, que ni aun en su vejez quiso mitigar la grande austeridad con que se trataba. Por muchos años había trabajado en los incultos desiertos de América, enseñando no sólo con la palabra sino también con el ejemplo, pues dormía sobre la desnuda tierra; no comía sino pan y legumbres, bebía sólo agua, y caminaba con los piés descalzos por aquellas ardientes arenas, que bañaba con su sudor y su sangre.

Afirmaban de él sus compañeros que en los últimos días de su vida, dirigiéndose á Dios con sus afectos, lloraba continuamente; y por la grande opinión que todos tenían de su santidad, conservaban como preciosas reliquias sus manuscritos y sus instrumentos de penitencia.

Merece también particular mención el Padre Juan Alessandro, por la heróica virtud que se observó en él durante su permanencia en la cárcel. Fué uno de los declarados cómplices en el atentado contra S. M. Fidelísima; y habiendo sido preso sin que le dijesen el motivo de su prisión, lo supo mucho tiempo después por sus compañeros, quedando altamente sorprendido de que le mezclasen en tan atroz conjuración, de la cual no había tenido la menor noticia, como protestó solemnemente á la hora de la muerte, en presencia del divino juez y de todos los asistentes.

Bien que fuese inocente, nunca se le oyó quejarse de sus calumnias, antes procuraba disculpar á sus perseguidores y rogaba á Dios por ellos. Lo mismo hacía por el Rey, diciendo que era un buen Príncipe, pero involuntariamente engañado por falsas y siniestras informaciones.

No se vió un hombre más tranquilo y sufrido. Sus conversaciones ordinariamente eran de Dios, y acabó con una

muerte placidísima, con universal opinión de varón justo.

El P. Francisco Wolff, tudesco, de la Silesia, fué un religioso de grande mortificación, unida á una suma inocencia. Nunca se quejó de cosa alguna. Pasaba muchas horas en oración, y semanas enteras ayunaba á pan y agua. Era hombre muy docto y sumamente celoso de la salvación del prójimo, como lo mostró cuando estando en el Pará empleaba los días y las noches en instruir á los indios.

Fué tan edificante su muerte, que hizo derramar lágrimas á todos los circunstantes, y todos porfiaban por tener alguna cosa de su uso, especialmente de los instrumentos de su áspera penitencia.

Alcanzó también en esta cárcel el premio de sus méritos para con Dios el Padre David Fay, de la primera nobleza de Hungría, como descendiente en línea recta del Rey San Esteban. Era celosísimo de la salvación de los prójimos y lleno de caridad para con todos; mas al mismo tiempo cruelísimo consigo mismo, en tal manera que los soldados de la cárcel se

asomaban para oír el ruido de las desapiadadas disciplinas que todas las noches se daba.

Su padre, hereje, le había educado para ministro de su secta; pero reducido el mismo padre á la verdadera creencia, fué seguido de toda su familia, á excepción de su esposa.

El hijo, hecho ya jesuíta, sentía un gran dolor de la obstinación de su madre, y para alcanzar de Dios su conversión hizo voto de dedicarse totalmente á la reducción de los infieles. Por este motivo, el general de la Orden le envió á las misiones de la América portuguesa, que á la sazón tenía falta de operarios, y al poco tiempo de llegar al Marañón recibió la fausta noticia de que al fin su madre había abrazado la religión católica.

Sin embargo, para cumplir el voto que había hecho, tomó á su cargo el amaestrar en la fe á unos ferocísimos indios llamados Amanagios, entre los cuales, con increíbles fatigas y evidentes peligros, perseveró constante, hasta que la divina Providencia le condujo á esta cárcel,

para recibir de los católicos el martirio que tanto había deseado y no había logrado de los infieles.

Sería alargarnos demasiado si hubiésemos de referir las virtudes insignes y los hechos ilustres de todos los jesuitas que acabaron su vida en esta y otras cárceles de Lisboa. (1)

§. XI.—Continúa Carvalho la persecución.

Parecía que el desapiadado furor de Carvalho había de quedar satisfecho con la destrucción de la Compañía de Jesús en los dominios de Portugal, y con los tormentos que hizo padecer á sus individuos; pero no sucedió así, pues se unió á otras potencias en el proyecto de la abolición total de la Orden.

La resistencia del Papa Clemente XIII y su Bula *Apostolicum pascendi munus* en favor de los jesuitas, de la que se tratará

---

(1) Existen varias cartas escritas por los jesuitas desde los calabozos, en las que se ven pintados sus padecimientos y su paciencia heroica. Véase una de estas cartas en Crétineau Joly, *Historia de la Compañía de Jesús*, tomo V, cap. IV.

más adelante, enfureció al ministro, y buscaba desde entonces una ocasión para romper con la corte de Roma.

No tardó en presentársele con el inesperado matrimonio de D. Pedro, hermano del Rey, con su sobrina doña Maria, Princesa del Brasil, en 6 de Junio de 1760; porque dando parte de este fausto suceso por la secretaria de Estado á todos los ministros extranjeros residentes en Lisboa, sólo se faltó á esta atención de costumbre con el Nuncio de Su Santidad, el Cardenal Acciajuoli.

Quedó sumamente sorprendido este Prelado de la injuria hecha al Santo Padre, cuya persona augusta representaba, y consultando con los demás ministros sus colegas sobre la conducta que debía observar en tan crítica circunstancia, todos unánimes le aconsejaron que no iluminase su palacio, ni hiciese las demás acostumbradas demostraciones de júbilo.

Era esto justamente lo que deseaba el inicuo Carvalho, para tomar de aquí ocasión de arrojarle del reino y romper enteramente con Roma.